

BERTA MIR DETECTIVE

**EL CASO DEL
LORO QUE HABLABA
DEMASIADO**

JORDI SIERRA I FABRA

Serie Negra Ediciones Siruela

Día 1, miércoles

1

La semana no era muy buena. Los teléfonos no sonaban. Ni un cliente en el despacho. Ningún caso. Sólo iba unas horas, normalmente por las mañanas, pero algunos días, como éste, una especie de silenciosa soledad me invadía poco a poco. Las paredes me oprimían. Descolgué un par de veces el auricular del fijo para comprobar si había línea. Me asomé otro par de veces al exterior para ver si el mundo seguía funcionando. Temí acabar hablando sola. Bueno, a papá tampoco le sobraba el trabajo, solía decírmelo cuando las cosas iban mal, pero hasta donde yo recuerdo, siempre o casi siempre hacía algo. Quizá él sabía atraer clientes y problemas.

Llevaba dos días y todo el fin de semana dedicada a repasar los archivos de mi padre, estudiar sus casos, pequeños y grandes, determinar sus métodos, ver de qué forma enfocaba su rutina, seguir a alguien o conseguir información de algunas personas que podían ayudarle en una investigación. Por un lado, confirmaba lo que ya sabía: que ser detective no era

muy complicado si la cosa se limitaba a seguir los pasos de alguien y redactar un informe. Por otro, tenía que admitir que la habilidad de papá para resolver determinados asuntos era notable. Investigar sí requería un talento especial, que él poseía, y yo trataba de averiguar si lo había heredado. Hasta ese momento no lo había hecho mal, aunque tampoco podía afirmarse que fuese una experta. La manera en que resolví el caso del falso accidente de mi padre quizá se debió a la suerte. Eso me tocaba confirmarlo.

Pero para ello necesitaba trabajar.

Probarme a mí misma.

Miré la hora y resoplé con fastidio. Otra mañana perdida. Desde el día en que, temerariamente, decidí ocuparme de la agencia, había leído más de la mitad del archivo. De pronto me sentí harta de tanta jerga legalista. El día era bonito, lucía el sol. No merecía la pena perderlo en una oficina vacía y silenciosa, aunque al otro lado de la ventana no lloviesen los euros para llenar la nevera y pagar los cuidados de papá.

Recogí el casco, la cazadora, las llaves, y, con una soterrada carga de frustración, me dispuse a largarme.

Llegué a la puerta.

Y justo en ese instante sonó el teléfono.

—Vaya por Dios... —parpadeé impresionada por el azar.

Regresé a la mesa, dejé el casco encima y contesté mientras cruzaba los dedos. Necesitaba ocuparme en algo, en un caso, por simple que fuera. En algo que, además, me proporcionara un cheque y, de paso, la confianza que seguía necesitando para seguir adelante ahora que papá era casi un vegetal.

–Agencia Mir, ¿dígame?

–Berta, soy yo.

Cerré los ojos.

Se me antojó una burla.

«Yo» era Ramiro Crussat, el «nuevo» hombre de mi madre.

Estuve a punto de colgarle.

–¿Qué quiere? –pregunté con la voz casi tan tensa como lo estaba mi cuerpo.

–No quería telefonarte a casa y... tienes el móvil apagado, así que...

Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo examiné. Tenía razón: estaba apagado. Siempre andaba despistada con él. Quizá porque, para asuntos personales, no quería estar localizable. Eso me hacía sentir vulnerable, experimentaba la sensación de que me restaba libertad, como si mis defensas, mis escudos protectores, a lo *Enterprise* de *Star Trek*, se debilitaran con ello.

–Ramiro...

–Deberías venir a ver a tu madre –me interrumpió.

–¿A qué viene eso ahora?

–Por favor...

–¿Le ha pedido ella que lo intente usted?

–No, no sabe que estoy hablando contigo.

–Entonces le diré lo mismo que le he dicho a ella cada vez que ha...

–Tiene un tumor en el pecho –me interrumpió de nuevo.

Me quedé muda.

Sentía que la despreciaba, que necesitaba verter sobre ella toda la frustración que su traición había

derramado sobre mi cabeza por haber abandonado a papá en el peor momento. Sentía rabia, desolación, impotencia. Y el desprecio se convertía en algo parecido a la ceguera del odio cuando la imaginaba casada con aquel tipo, lo bastante rico como para darle todos los caprichos, pero también lo bastante sucio como para imaginar que el día menos pensado acabaría en la cárcel, aunque a los poderosos siempre les cuesta acabar mal. Tienen abogados, muchos abogados. La última vez se libró por poco.

«Falta de pruebas», decían.

—¿Berta?

—Sí —exhalé.

—Es tu madre, y te necesita.

Siempre la misma historia. Era mi madre. Era mi madre. La que se había ido de casa para vivir «otra vida», harta de los sueños y las limitaciones de papá.

Mi madre.

Hasta la abuela me lo repetía.

¿Cómo discutir con el mundo acerca de quién necesita más a quién?

—¿Van a quitarle el pecho?

—Aún es pronto para saberlo. Dicen que hoy en día eso sólo se hace en determinados casos. De momento han localizado el tumor en el derecho, en una mamografía, y le han practicado una biopsia... Quizá se arregle con quimio, aunque no saben si será antes o después de la intervención. Antes para reducir o después para eliminar todos los nódulos.

Me estremecí.

Imaginar a mi madre calva, o sin un pecho, con lo coqueta que era, lo guapa que siempre había

sido, lo orgullosa que estaba de su cuerpo a su edad...

–¿Cómo está?

–Mal, hecha polvo.

–Ya.

–En un momento como éste...

¿Hay momentos diferentes? ¿Se necesita el perdón cuando se acerca la muerte? ¿La desgracia une a las personas?

No tenía ni idea.

A los dieciocho años una no piensa en esas cosas.

Joder...

Fue en ese instante, en ese preciso y conmovedor instante, cuando llamaron a la puerta, y yo reaccioné saliendo de mi catarsis.

–He de colgar –le dije al nuevo marido de mi madre.

–¡Berta!

–¡Llaman a la puerta, he de colgar! –estuve a punto de gritárselo–. ¡Lo siento!

Colgué el teléfono y, pese a todo, tardé dos o tres segundos en ponerme en marcha. Ni siquiera fui consciente de que abría la puerta hasta que me vi frente a mi visitante.

Anciana, muy anciana, menuda, muy menuda, con un bolso casi tan grande como ella. Vestía con elegancia, incluso con gusto. Las joyas que colgaban de sus muñecas y de su cuello, más los anillos y los pendientes, debían de valer tanto como lo que papá habría sido capaz de ganar en diez años. O en veinte. O en toda una vida, porque si aquellas piedras y perlas eran buenas, y las pulseras eran tan de oro como parecían...

Levantó la cabeza para mirarme y sonrió.

Una boca perfecta de dientes postizos y muy blancos.

—¿El señor Mir?

Su voz era débil. La voz de alguien que a lo largo de la vida ha ido perdiendo fuerzas pero no el ánimo. Puro cristal, como su piel apergaminada y la fragilidad de su cuerpo delgado aunque en apariencia brioso. Los ojos eran limpios, de mirada dulce e inocente.

—Pase, por favor —le franqueé la entrada.

La anciana me obedeció. Caminó con pasos cortos hasta la mesa y se sentó en una de las dos sillas que había delante. No se fijó en el lugar como hacía la mayoría de clientes. No juzgó nada. Su talante era firme. Una mujer que no perdía el tiempo por nada y que ya sabía lo suficiente de la vida como para andarse con tonterías.

Ocupé la silla de mi padre.

—¿El señor Mir no está? —preguntó ella.

—Verá, señora...

—Parets, Claudia Parets, viuda de Dalmau —me dijo.

—¿Quiere que la llame señora Parets?

—Claudia mejor.

—Bien, señora Claudia —me dispuse a explicarle las «condiciones» de la agencia desde que mi padre estaba fuera de combate—. El señor Mir nunca da la cara, para evitar ser reconocido y poder moverse con mayor libertad y seguridad, tanto para usted como para él. Yo soy su enlace y su secretaria. Los clientes me lo cuentan todo a mí y yo se lo comunico a él para que se ponga de inmediato a trabajar. Éste es el trato que han de aceptar los que requieren sus servicios.

–Ser detective debe de ser peligroso, claro –reflexionó con la espalda muy recta y el tono firme, convencida.

–Depende de los trabajos –no quise alarmarla inútilmente, por si era demasiado impresionable.

–Bueno, en mi caso..., no sé qué pensar –puso las dos manos sobre el bolso y lo agarró como si fueran a robárselo–. ¿Puedo hacerle una pregunta?

–Por supuesto.

–¿El señor Mir es bueno?

–Mucho –traté de parecer lo más sincera posible.

De hecho mi padre sí era bueno. La duda consistía en saber si yo iba a estar a la altura.

–Entonces bien –asintió la señora Claudia–. No sabía a quién acudir –por primera vez se mostró algo azorada.

–¿Cómo ha dado con nuestra agencia?

–Vivo cerca. A veces paso por aquí y veo la placa. En la vida nada es casual, ¿sabes, niña? De pronto he comprendido por qué me había fijado en ella. Una premonición. Jamás habría imaginado que iba a necesitar un detective, pero así son las cosas.

–¿Quiere conocer nuestras tarifas?

–No, no –hizo un gesto rápido con la mano derecha–. El dinero no importa. Lo único que cuenta es que lo encuentre.

–¿A quién hay que encontrar?

–A Mauricio.

–¿Tiene una foto?

–Sí, ya pensaba que les haría falta.

Abrió el bolso y luego corrió una cremallerita. Mi cara no transmitió emoción alguna. Profesional. Un

trabajo era un trabajo. Pero se trataba de una desaparición y esos casos no solían ser fáciles. Había que buscar a alguien. Seguir a una persona acababa siendo bastante sencillo. Buscarla, todo lo contrario. Sobre todo si no querían ser halladas.

La foto era grande y a color. La extraje del bolso con cuidado, para no arrugarla, y me la puso delante, sobre la mesa.

Yo parpadeé.

Intenté que no se me moviera un solo músculo, aunque no sé si lo logré. Deslicé una mirada rápida en dirección a mi visitante, la señora Claudia Parets, viuda de Dalmau. No parecía estar loca, ni desequilibrada. El gesto era de determinación, los ojos serenos, la gravedad de la expresión sincera.

Era una anciana agradable.

Muy vieja, sólo eso.

Y volví a concentrarme en la foto.

El azul grisáceo del plumaje, la belleza de su forma, la hermosa cola, el pico, los enormes y redondos ojos capaces de atravesar la cámara...

Porque Mauricio era un loro.